

estéticas al borde del mundo

Si ponemos el caso, siempre consentido desde luego, de que juntamos a dos representantes de la moda actual: un emo, pelo sobre un lado de la cara, mirada perdida, ropas negras y violetas, y un yuppy, terno gris, ceño fruncido, corbata y pañuelo rosados, conteste usted, atento lector, con la mano en el corazón (si le queda algo de pudor): ¿Quién está más bello?

Juan Pablo Castro Rodas

Si usted apostó por el primero, cabría decir que acepta, al menos de labios para afuera, esa idea de que a cada quién lo que venga bien. O, en términos más criollos, como diría la people: Ve, que el man bacile su patín en paz.

Si, por el contrario, se adhirió, sin siquiera dudarlo por un minuto, a la segunda opción, bien podrían atribuirle evidentes necesidades de entrar en el mundo del bussines, al confort, a eso que algunos llaman el éxito. O, sin irse demasiado por las ramas: Ve, ese man hecho el plástico, hecho el aniñado, pelucón, en estos tiempos.

En cualquiera de los dos casos, asistimos, usted y yo, a una disyuntiva que es un poco más compleja que aquello que a simple vista parece. Porque no se trata solo de asumir una posición frente al otro, al sujeto que, desde nuestra mirada escrutadora, aparece como objeto, sino de, en ese ejercicio de valoración, aceptar que ese otro es siempre algo más que cuerpo y espíritu (algunos puro cuerpo), y pasa a ser representación, es decir, algo que simbólicamente está en reemplazo de otra cosa.

Mejor dicho, el emo o el yuppy son, más que dos individuos juntos a la fuerza en una pasarela imaginaria, dos formas de comprender el mundo, dos apuestas por formular discursos expresivos, dos estéticas singulares.

Así las cosas, querido lector atento, tendría ya, en un santiamén, que haberse preguntado, ¿qué mismo es esto de la estética? Sobre todo, si sigue creyendo, como algunitos, que la estética es un centro de belleza, una peluquería o un spa, en el que ingresa siendo un triste y corriente ciudadano de a pie, y sale con la pinta inconfundible de Tom Cruise, George Cloney o ya, si mismo mismo el peluquero es malo, un Tom Hanks. Para las chicas, Winona Ridley, Salma Hayek o ya, cuando están al borde de la tercera edad, una Susan Sarandon.

Para desencanto de quienes todavía creían eso hay que decir, sin el menor resto de escrúpulo, que están más perdidos que el ufólogo Rodríguez (conste que quien firma este artículo nunca visitó Ganimides, por ello el rencor). No, señores, como diría un inspector de colegio, la estética está más allá de las designaciones de Platón o Kant, pues, para alegría de estos tiempos posmodernos, lo sublime, la idealización, así como las bellas artes han entrado en un bosque siniestro como entra la cándida liebre sin sospechar siquiera que el cazador la observa detrás de un árbol.

De una estética clásica y canónica, resguardada en una normativa dura, asistimos hoy a una clasificación de singulares estéticas, cada una revestida de su propia mirada. Ahí, el señor Aumont tiene las de ganar porque, como afirma tajantemente, sin dar chance a la duda siquiera, en el mundo posmoderno toda forma de representación está supeditada a las marginalidades, a éticas propias y, sobre todo, a estéticas únicas. Estética del amor, de la sexualidad, del suicidio; estéticas realistas, surrealistas, hiperrealistas; estéticas urbanas, rurales, de la playa; estéticas fashion, light, kitch; estéticas de la noche, del día, del crepúsculo; estéticas todas, en fin, de los márgenes.

Entonces, si aceptamos que estas marginalidades estéticas han ocupado un centro vaciado (las escuelas de arte, los conservatorios, los museos ya no ocupan ese privilegio de antaño), tenemos también que admitir, le guste a quien le guste, esas otras formas de expresión tienen el mismo valor simbólico que todas las otras. El rock, el hip hop, lo gótico se abrazan, con cierto desprecio todavía es cierto, con la tecnocumbia, la bachata, y el pop (encarnación masiva de lo comercial, lo políticamente correcto, lo descartable). Da igual un lagartero, borracho a la espera de un cliente que lo contrate para dar serenatas, que un virtuoso violinista aclamado por la familia como el nuevo Paganini.

El asunto está, y es imprescindible la aclaración, en que todas estas manifestaciones marginales, siendo estéticas, no son necesariamente artísticas. En la estética ya no habita ese ideal de lo bello, sino las construcciones formales, expresivas que bien pudieran ser feas, grotescas, incluso monstruosas, pero que no dejan de ser estéticas.

En cambio, lo artístico, siendo siempre estético, requiere para considerarse como tal no solo la construcción de una forma, de una expresión (una estética, para que le quede claro, señorito lector)

(que se me perdone el oximoron), por hallar un atisbo de lo nuevo, una mínima partícula de singularidad que le permita concebir un nuevo Frankenstein, porque el arte es eso precisamente: una creación fascinante pero artificial.

sino de otras características: un lenguaje, una propuesta política, una búsqueda desaforada del estilema, es decir, de una particular manera de expresarse.

Aunque ya sabemos que la originalidad, en estricto sentido, no existe, pues todo lo que se produce retoma siempre algo del pasado en una infinita relación trans-textual, el artista conciente de eso (no los ingenuos que quieren parecer artistas) apuesta diariamente, a través de un sufrimiento gozoso

Sobre arte y estética hay harto que decir, harto que pensar. Dejemos solamente esas ideas sueltas para que usted, si todavía me sigue queriendo lector, se formule sus propias reflexiones. Y regresemos a ese emo, a ese yuppi, mano a mano, cada uno con sus estéticas propias para, luego de este breve recorrido, volverle a preguntar: ¿Quién mismo está bello?

